



LA PAZ Y LA MISION DE LA IGLESIA (Hacia una Teología Bíblica de la Paz – IV)

Introducción:

El que la misión evangelizadora de la iglesia tenga algo que ver con la paz es una idea que no se le ocurre a muchos cristianos en nuestros tiempos. En último caso tendría que ver con una paz espiritual interior y de relaciones personales reconciliadas con Dios, pero nada tiene que ver con relaciones entre grupos humanos y menos todavía con aquellos que tenemos por adversarios o enemigos.

Sin embargo, no siempre ha sido así. Todos los textos en el Nuevo Testamento que hablan específicamente del “evangelio de paz” son textos que se refieren, directa o indirectamente, a la misión evangelizadora de la iglesia. La iglesia primitiva se concebía fundamentalmente como una iglesia de paz. Justino Mártir, maestro en la iglesia en Roma hacia la mitad del segundo siglo, articuló esta visión compartida por la iglesia de la época. Él insistía que la visión profética de Isaías 2:1-4 y Miqueas 4:1-4 que describía al pueblo restaurado de Dios como una ciudad construida en una montaña alta a la vista de todas las demás naciones y que vislumbraba la transformación de espadas en arados y lanzas en hoces se había cumplido en la iglesia. De acuerdo con Justino, los cristianos se habían acercado a Jesús para aprender a vivir como él. “Nosotros, los que estábamos antes llenos de guerra y de muertes mutuas y de toda maldad, hemos renunciado en toda la tierra a los instrumentos guerreros y hemos cambiado las espadas en arados y las lanzas en útiles de cultivo de la tierra y cultivamos la piedad, la justicia, la caridad, la fe, la esperanza, que nos viene de Dios Padre por su Hijo crucificado” (Diálogo con Trifón, 110:3).

Efectivamente, mediante la obra de un Salvador crucificado las naciones se sentían atraídas hacia Jesús, el nuevo Zión, de donde surgía una nueva visión de convivencia. Ex enemigos fueron reconciliados para convivir en paz. Pueblos beligerantes de diversas naciones y tribus fueron transformados en un nuevo pueblo de paz. Los que antes se odiaban a muerte, ahora se amaban mutuamente. Las estructuras que los dividían fueron desmanteladas y se dedicaban a cultivar la justicia y la paz en la nueva familia de Dios.

La mera existencia de esta nueva comunidad transnacional era prueba, para Justino, que la visión profética se había cumplido. En esto Justino no era único. Ireneo, Tertuliano, Orígenes y otros, entre los líderes de la iglesia primitiva, pensaban y escribían lo mismo. En realidad, estos textos proféticos de la paz mesiánica fueron los textos más citados por los padres de la iglesia durante los primeros tres siglos.

A) Los Comienzos de una Iglesia Misional de Paz en Los Hechos de los Apóstoles¹

En las páginas del Libro de los Hechos encontramos una comunidad que surge de la actividad pacificadora de Dios. Pentecostés es la historia de la creación de una comunidad de paz, formada de agrupaciones de distintas culturas y lenguas, en este caso de Helenistas y de Hebreos (6:1-6). Ellos experimentaron conflictos que tuvieron que resolver en el poder del Espíritu del Cristo resucitado en su medio. Pero un problema mayor sería la realización del cumplimiento de la promesa Abrahámica de ser un pueblo de bendición para todas las naciones (Gen. 12:3), a fin de que tanto Judíos como Gentiles pudieran ser reconciliados y unidos por “el vínculo de la paz” (Ef. 4:3).

La historia de Pedro y Cornelio (Hch. 10) es clave para comprender el carácter y la misión de la iglesia como comunidad de paz. Se ha señalado que Hechos 10 es el relato del Pentecostés de los Gentiles, en contraste con el Pentecostés de los Judíos en Hechos 2. Sea como fuera, este relato también es fundamental para saber cómo se lleva a cabo la misión de Dios en el mundo y cómo se constituye una iglesia de paz. En este relato se trata de mucho más que una cuestión de alimentos limpios e inmundos. Probablemente se piensa en estos términos debido a la visión que Dios le dio a Pedro para prepararle para el encuentro. Sin embargo, los alcances de este encuentro son mucho mayores que meras cuestiones de lo que se come cuando Judíos y Romanos comparten la mesa.

A esta distancia del texto nos resulta difícil imaginar lo absolutamente escandaloso que le habrá sido para Pedro este encuentro. A Pedro, un judío procedente de Galilea, se le llama a Cesarea. Entre todas las ciudades de Palestina, ésta sería la menos indicada para una visita de Pedro. Allí estaban los cuarteles generales de las odiadas fuerzas de ocupación militar del Imperio Romano en Palestina. La ciudad estaba llena de ídolos, soldados, violencia, y otros vicios. Aquí se hallaba la mayor concentración de las fuerzas enemigas y opresoras de los judíos.

El Pedro de la historia era mucho más que un pescador atrevido y sin inhibiciones e iletrado. Si no era él mismo un militante del movimiento de liberación nacional de la época, por lo menos simpatizaba con sus fines. Tan solamente unos meses antes Pedro se había escondido lleno de terror mientras unos legionarios romanos, bajo el comando de un centurión, crucificaban a Jesús. En un instante sus esperanzas, al igual que las de sus compañeros en el bando de los seguidores de Jesús, cayeron estrepitosamente al suelo. La presencia militar romana en Palestina era, a la vez, temida y odiada por Pedro y por la mayoría de sus contemporáneos. Y ahora, el Espíritu de su Señor crucificado y resucitado le llamaba a compartir con un centurión romano y aún comer con él.

¹ Véase a Alan Kreider, “Peace Church, Mission Church: Friends or Foes?” in *Mission Insight*, (Number 6), Elkhart, IN: Mennonite Board of Missions, 1999.

En este encuentro Pedro entendió en una forma, que hasta ahora se le había escapado, que el Dios que ama a sus enemigos “no hace acepción de personas” (10:34). Los eventos que condujeron a este “Pentecostés de los Gentiles” en Hechos 10 ocurrieron gracias al proceso de conversión que seguía dándose en Pedro bajo la influencia poderosa del Espíritu de Cristo. Vemos en este proceso como el evangelizador es el evangelizado, además de su ex enemigo, ahora convertido en amigo y hermano en la familia de Dios. Esta nueva apertura en Pedro hacia los marginados es realmente una imitación de Jesús en su predilección por los pobres, los pecadores, los marginados y los de mala fama y, sobre todo, en su amor hacia sus enemigos y perseguidores. En esto Pedro estaba sencillamente imitándole a Dios que “no hace acepción de personas” al prodigar su amor sobre buenos y malos. Y en este proceso Pedro descubrió como el amar al enemigo abre a la persona para experimentar la gracia transformadora de Dios – al evangelista al igual que al objeto de la evangelización, a nosotros al igual que a nuestros enemigos.

El mensaje de Pedro en la casa de Cornelio consistía de palabras propias de una Iglesia de paz. “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia. Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es Señor de todos” (10:34-36). Y esto lo dijo a un encargado de conservar la *pax romana*, y cuya comisión dependía de su juramento de lealtad absoluta y reconocimiento que César era el Señor. La historia de Cornelio nos dice que la estrategia misionera del pueblo de Dios es atraer a nuestros enemigos al reino de Dios mediante nuestro amor sin límites para con ellos.

Tan solamente podemos imaginar cuáles habrán sido los pensamientos que cruzaron por la mente de Pedro. Seguramente habrá recordado las experiencias de Jesús y como él hablaba del gran diseño restaurador de Dios a fin de atraer a las naciones a su reinado de salvación. Habrá recordado la forma en que Jesús se asociaba con los pecadores y los marginados, con niños y mujeres, y aún los soldados romanos y la manera en que atraía a toda clase de personas a su grupo. Por cierto, al hacerlo, Jesús había ganado la enemistad de las autoridades judías. Lo veían como una amenaza y resultó como Jesús mismo dijo, “no he venido a traer paz, sino espada” (Mt. 10:34). Jesús sacudía los fundamentos mismos de la falsa seguridad religiosa de los judíos y por ello lo crucificaron.

Aunque Jesús fue tentado a tomar otras opciones mesiánicas para solucionar la crisis espiritual y social en Palestina, a través de todo su ministerio él ofreció una alternativa salvífica mucho más radical que sus oyentes se imaginaron. Podemos apreciar el radicalismo de esta alternativa retrospectivamente mucho más fácilmente que sus contemporáneos. Se trataba de la creación de una nueva comunidad humana inclusiva en que tanto romanos como judíos podrían hallar auténtico bienestar en la familia de Dios caracterizada por el perdón y la reconciliación. Tanto Mateo como Lucas nos informan que Jesús dedicó esfuerzos extraordinarios en sus enseñanzas sobre cómo relacionarse con los enemigos. En el Evangelio de Mateo esta enseñanza forma la culminación de la radicalización que Jesús hizo de la ley de Moisés (5:43-48). En el Evangelio de Lucas es el punto de partida para sus enseñanzas éticas (6:27-36). Pero en ambos, la enseñanza es exactamente la misma: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen;

benedicid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. ... Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc. 6:27,28,36).

En la pequeña comunidad de seguidores que comenzó a formarse en torno a Jesús ya empezamos a vislumbrar la dirección que tomaría su ministerio. Entre los discípulos, estaban algunos que participaban activamente en el movimiento de liberación nacional. Los Zelotes buscaban librar a Palestina del yugo opresor de los Romanos que ocupaban su tierra y regían con mano de hierro. Por lo menos uno de los discípulos, Simón, era Zelote. Entre los demás, hay evidencia que nos hace pensar que por lo menos algunos simpatizaban con los anhelos liberacionistas de los Zelotes. Por otra parte, también entre los seguidores de Jesús había por lo menos uno que era funcionario del régimen romano. Mateo, el publicano, había contratado con el gobierno del Imperio la cobranza de los impuestos y, por lo tanto, sería considerado como colaborador de los romanos. Y la participación de mujeres en el grupo allegado a Jesús también sería considerado un reto abierto a las costumbres sociales en el judaísmo palestinese de la época. El que mujeres y hombres, galileos y judíos de pura sepa, colaboradores con el régimen opresor y declarados enemigos de Roma pudieran convivir en íntima comunión, unos con otros, es un testimonio más de la clase de visión que le movía a Jesús en su misión por la paz.

En sus relaciones interpersonales, Jesús puso en práctica esta visión. Jesús recibió al centurión romano que se le acercó, rogando por la salud de su criado. “Jesús se maravilló de la fe del centurión, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.” Luego compartió su sueño para el reinado de Dios: “Vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.” Y por otra parte también lamentaba la desgracia que él veía venir, pues muchos de su propia gente no estarían dispuestos a tomar el camino radical de esta gracia sin límites, del perdón y de la reconciliación que conduciría a la participación en una nueva clase de humanidad, inclusiva y universal. “Mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt. 8:5-13).

Obviamente el camino que Jesús proponía daba lugar a mucha controversia. Muchos no fueron capaces de comprenderlo. Otros que, sí, lo comprendían, lo hallaban demasiado radical y pensaban que habría de desestabilizar las estructuras establecidas. El concilio judío y luego el sumo sacerdote, Caifás, expresaron las preocupaciones de las autoridades. “Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación ... nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (Jn. 11:48,50). Pero por su parte, Jesús lloraba por Jerusalén al ver que las autoridades habían optado por una política tradicional que depende de la imposición a la fuerza para hacer la paz y el orden. “¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación” (Lc. 19:41-44). Efectivamente, durante la guerra judía, unos cuarenta años después, esto es exactamente lo que ocurrió. Los legionarios romanos trajeron sus máquinas de guerra y destruyeron la ciudad y el templo con gran pérdida de vida.

Pero mientras tanto, Pedro declara en Cesarea, en el centro mismo de las fuerzas romanas de ocupación en Palestina, que Jesús el Mesías, en su muerte en una cruz romana, ha perdonado a sus enemigos y ha hecho la paz. Y no solo esto, al resucitarlo al tercer día, Dios le ha hecho “Señor de todos” (Hech. 10:36). De modo que Dios ha vindicado la misión pacificadora de Jesús. Y mientras Pedro seguía hablando, “el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían” (10:44). Debido a la obra reconciliadora de Cristo y la acción unificadora de su Espíritu Santo, la paz llegó a ser una posibilidad real uniendo grupos alienados – romanos y judíos.

En su visita a Cesarea, Pedro participaba en la realización de la visión pacificadora de Jesús que le había costado la vida. Mientras que las naciones que Pedro y Cornelio representaban seguían rumbo a la guerra violenta, en la nueva familia de Dios, ellos fueron transformados en hermanos. Se forma, así, el núcleo de una nueva humanidad transnacional y transcultural de paz en que todas las barreras que separan a las personas son superadas. La familia de Dios será multicultural, multiétnica, compuesta de todas las clases sociales y de todas las naciones de gente reconciliada que “le teme a Dios y hace justicia” (10:35). La iglesia es un pueblo de paz, una comunidad en que enemigos son reconciliados, en que los no perdonados son perdonados. Es la comunidad de paz con una misión común – compartir entre todos los pueblos el Evangelio de la paz.

Años más tarde, Pablo escribía a los cristianos en Efeso, en Asia Menor, que “en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades ... para crear en si mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu Santo” (Ef. 2:13-17). A la luz de lo que ocurrió en Cesarea durante la visita de Pedro vemos que la reflexión de Pablo es más que una mera teoría idealista. Es una descripción teológica de lo que realmente ocurrió, y lo que aun sigue ocurriendo, dondequiera que la iglesia siga proclamando el Evangelio de la paz en el cumplimiento de su misión en el mundo.

A veces los que justifican el uso de la fuerza violenta en la iglesia señalan la conversión de Cornelio como un argumento a favor de su alternativa, señalando que nada sabemos de la actividad de Cornelio luego de su encuentro con Pedro y del advenimiento del Espíritu Santo sobre todos los reunidos en su casa. Pero sí, sabemos lo que le pasó a Pedro, luego de participar en este trascendental evento. Este es un caso notable de la evangelización del evangelista. Pedro jamás sería el mismo. (Y podemos imaginar algo similar en el caso de Cornelio.) Este evento en la vida de Pedro causó olas en la iglesia en Jerusalén y sus hermanos le llamaron la atención. Pedro tuvo que defender su participación en los eventos en la casa de Cornelio ante algunos de los elementos más tradicionalistas en la comunidad en Jerusalén. Posteriormente, sabemos que Pedro se encontraba en Roma donde participó en la formación de una iglesia multiétnica y donde aparentemente, debido a su fidelidad en dar testimonio a este evangelio de paz, murió

como mártir, crucificado cabeza hacia abajo. Y otra cosa que queda claro, es que esta visión del Evangelio de la paz fue luego compartida y articulada por todos los escritores neotestamentarios. Desde las cartas paulinas hasta el Apocalipsis de Juan, elaboraron una teología y una práctica de este camino mesiánico de la paz, enseñado y ejemplificado por Jesús y en armonía con la histórica experiencia de Pedro en la casa de Cornelio, el centurión romano.

B) La Evangelización en una Iglesia de Paz²

Jesucristo es él que ama a sus enemigos y manda a sus discípulos que hagan lo mismo. Los Evangelios presentan a Jesús como un nuevo Moisés con un nuevo mandamiento para su pueblo - amar a sus enemigos (Lc. 6). Desde principio a fin, este mandamiento formó el núcleo de sus enseñanzas. Constituye el corazón de su llamada a la conversión. Este es el punto decisivo en la transformación del corazón humano. La cruz de Jesús fue el resultado de su resistencia ante los poderes de la muerte y su no resistencia hacia sus enemigos, esclavizados por estos poderes, que abre la posibilidad de su salvación. Rompió el ciclo de la violencia ofreciéndoles el perdón. Estas son las buenas nuevas de la cruz. Este es el Evangelio de la paz. La cruz que nosotros somos llamados a llevar no se difiere esencialmente de la de él. La nuestra también significa amor sufriente a favor de nuestros enemigos.

El Espíritu Santo es el aliento vivificante de Dios que hace justicia a todos los oprimidos. La tarea de Jesús es expresada en palabras de la visión profética, “Pondré mi Espíritu sobre él, para que anuncie mi justicia a las naciones” (Mt. 12:18, traducción libre). No se le otorga el Espíritu Santo a la iglesia ni a los individuos meramente para que se sientan bien, sino como en el caso de Jesús, para obrar justicia.

El arrepentimiento y la conversión implican captar una nueva visión radical del reino de Dios. En su llamada al arrepentimiento Jesús confrontó la teología materialista, nacionalista, y militarista de su tiempo. Su visión, reflejada en el Sermón del Monte presenta un desafío directo en las sociedades occidentales de nuestros días. Por eso, algunos evangelistas de nuestro tiempo predicán, a la vez, la paz del alma y prometen prosperidad en el sistema. La evangelización de una iglesia de paz pondrá su énfasis donde Jesús la colocó: no escapándose al cielo como una alma salvada, sino en hacer la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo. La oración de Jesús es “que su reino venga” en lugar de irnos nosotros a algún otro lugar. Esto requiere conversión radical y costosa, un nacer de nuevo en un sentido realmente significativo y profundo.

El Evangelio de la paz nos invita a participar de una comunidad de pecadores perdonados (la iglesia) donde amamos a nuestros enemigos. La salvación no es la oferta de vacaciones en el cielo. Se nos comisiona, mas bien, a una tarea aquí en la tierra. Nuestra tarea fundamental es amar, a todos, y especialmente a nuestros enemigos. Ananías, sorpresivamente saludó al enemigo más temido por la comunidad cristiana en Damasco,

² Véase a John K. Stoner y Lois Barrett, *Letters to American Christians*, Scottdale, PA: Herald Press, 1989, pp. 122-134.

“Hermano Saúl”. El mensaje evangelizador de una iglesia de paz comunica, mediante sus dichos y sus hechos, que es una comunidad que ama a sus enemigos.

El crecimiento de la iglesia durante los primeros siglos fue asombroso. Para el año 200 la iglesia primitiva se había extendido a través de todo el Imperio Romano y aún más allá de sus fronteras. Sin embargo no hubo organización formal de misión. No conocemos el nombre de más de uno o dos misioneros entre Pablo y el tiempo de Constantino. Investigaciones sobre la vida y misión de la iglesia primitiva revelan que entre los primeros cristianos no hubo prácticamente ninguna exhortación a la evangelización. Incluso, existen muy pocas oraciones para la conversión de los paganos. De once oraciones descubiertas, ocho son en realidad oraciones a favor de sus enemigos y sus perseguidores, en obediencia a la enseñanza y ejemplo de Jesús. La iglesia durante los primeros siglos era una iglesia de paz que evangelizaba compartiendo el Evangelio de la paz al estilo de la comunidad descrita en las páginas del Nuevo Testamento.

C) Por qué Rechazar esta Visión de Paz Tiene Sentido para Algunos³

A pesar de lo que hemos expuesto ya, en muchas iglesias aparentemente saludables esta visión halla poco eco. En algunas se soporta. En otras hay oposición abierta. ¿Por qué?

- 1) Tomar tan en serio la paz es diluir el Evangelio y resta importancia a la evangelización.
- 2) Hablar de la paz en este sentido concreto es meter la política en la iglesia y eso trae conflictos. Y hay que evitar los conflictos.
- 3) Esta forma de entender la paz suena a “pacifismo” y esa es una filosofía humanista. Y ha habido “pacifistas” que ni siquiera eran cristianos, y si lo eran, no eran cristianos evangélicos.
- 4) Tomar esta postura de paz es menospreciar el sacrificio de los que murieron defendiendo la patria. Hablar así de la paz es enjuiciar la guerra y los cristianos a lo largo de los siglos que han sido militares.
- 5) La paz es aburrida. La no resistencia implica retirarse ante los problemas. No es una postura socialmente responsable.
- 6) Sí, Jesús y los discípulos tomaron la opción de paz, pero esos eran otros tiempos. Ahora las cosas son diferentes. La paz y el camino no violento no resultan ahora.
- 7) Tomar tan en serio esta visión de paz no es realista. No es eficaz. En nuestro mundo se precisa la fuerza violenta para lograr cambios. Hablar de paz en el mundo y aún en la iglesia no es realista. Reconozcámoslo.

³ Alan Kreider, Op. Cit., pp. 10-11.

Hay que reconocer que en algunas de estas objeciones hay cierta validez. No estaremos de acuerdo con ellos pero somos llamados a ser testigos del evangelio de paz mas bien, que defensores de nuestra postura particular. En toda probabilidad, la séptima objeción es la más decisiva. Walter Wink ha dicho que “el mito de la violencia redentora” es la que más apela a nuestro “sentido común” en la cristiandad occidental.⁴

Esta postura es la que Agustín articuló en los siglos iv-v. Agustín fue líder de la iglesia en el norte de Africa luego de comenzar el proceso de la constantinianización de la iglesia en que el estado primero toleró, y luego favoreció a la iglesia y la iglesia, a su vez, empezó a ofrecer cierto apoyo al estado. Cuando César llegó a ser cristiano la óptica con que se acercaba a la interpretación de las Escrituras se cambió. Por ejemplo, el texto describiendo la persecución de los cristianos en Tesalónica tendría poco sentido: “Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; ... y todos estos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús” (17:6,7). Cuando se presupone que el “ahora cristiano” Constantino es el modelo de lo que debe ser un rey, en contraste con la iglesia primitiva donde se decía que Jesús era el modelo de lo que debía ser un rey, la interpretación bíblica tenía que adaptarse notablemente. Esta, lamentablemente, fue la tarea asumida por Agustín.

Los textos citados por Justino en Roma unos 300 años antes para explicar, en su diálogo con el Judío Trifón, precisamente qué había cambiado en el mundo con la venida del Mesías, fueron la visión profética del reino de paz en Isaías 2:1-4 y Miqueas 4:1-4. Estos no sólo eran los textos favoritos de Justino Mártir. Fueron los textos del Antiguo Testamento más citados por los Padres de la Iglesia que escribieron antes del año 300. Sin embargo, Agustín no los citó ni una sola vez. Cuando Agustín citó el Salmo 46:9, “que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra”, añadió la observación que “este texto no se ha cumplido todavía. Sigue habiendo guerras. Pueblos siguen peleando unos contra otros para lograr el dominio. Hay guerras entre grupos, guerras entre los judíos, los paganos, los cristianos, los herejes. ... Tal vez en el futuro este texto se cumplirá. .. En algunas personas ya se ha cumplido. En el “trigo” se ha cumplido. En la “cizaña” no se ha cumplido aún”.⁵

Desde el tiempo de Agustín hasta hoy, cristianos en la cristiandad occidental han creído que la paz es sólo posible dentro de nuestro corazón y más allá de la muerte. Pero la paz en la tierra – entre grupos humanos y aún dentro de las iglesias – es imposible. Los cristianos, aunque sea con pena y reservas, piensan que tienen que tomar el camino de la violencia para defender la causa de la justicia. Por eso, la mayoría de los cristianos en el occidente han dejado de hablar del Evangelio de la paz. Durante los primeros tres siglos la mayoría de los cristianos evangelizaban con el Evangelio de la paz y formaban iglesias de paz. Ya que la paz dejaba de ser parte de su experiencia, Agustín y Ambrosio comenzaron la tradición de “la guerra justa” a fin de poder limitar la violencia que no podían evitar.

⁴ Walter Wink, *Engaging the Powers: Discernment and Resistance in a World of Domination*, Minneapolis, MN: Fortress Press, 1992, pp. 13ss.

⁵ Citado en Alan Kreider, “Peace Church, Mission Church: Friends or Foes” in *Mission Insight*, (Number 6), Mennonite Board of Missions, 1999, pp. 11-12.

Dondequiera que hayan surgido movimientos de reforma radical a lo largo de los siglos se ha vuelto a recuperar esta visión neotestamentaria del Evangelio de la paz. Los Valdenses, los Franciscanos, los Cuáqueros, los Anabautistas, el movimiento de los Hermanos, y otros muchos más han reconocido que la paz es elemento central para su identidad misma. Menno Simons, por ejemplo, en 1537 veía la paz como signo de la verdadera iglesia de Jesucristo. “Ellos son los hijos de la paz que han vuelto sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces, y no aprenden más la guerra. Dan a César las cosas que son de él y a Dios las cosas que son de él. Su espada es la espada del Espíritu ... su reino es el reino de gracia ... su ciudadanía está en el cielo”.⁶

Hoy por una variedad de razones, cristianos de otras tradiciones están descubriendo de nuevo este Evangelio de la paz. La proclamación del Evangelio de la paz con la integridad que esto requiere también ofrece esperanza para la renovación de la iglesia entregada a la misión de Dios en el mundo. Como Pedro, nosotros también nos damos cuenta que el evangelizador es el que sale evangelizado. Fidelidad en la misión como iglesias de paz bien podría ser la dinámica que transforma nuestro culto, trabajo diario, actitudes hacia los bienes, esas relaciones no reconciliadas, y nuestras violencias no reconocidas, otorgando autenticidad a nuestro testimonio. La bendición de Dios descansa sobre su iglesia de paz. “Bienaventurados son los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

⁶ John C. Wenger, ed., *The Complete Writings of Menno Simons*, Scottdale, PA: 1956, p. 94.